

Rosa Spada Suárez

Savia Moderna y el Ateneo de la Juventud

A finales del Porfiriato el grupo de jóvenes intelectuales y artistas (Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Ricardo Gómez Robelo, José Vasconcelos, Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Julio Torri, entre otros), que integró el Ateneo de la Juventud, se planteó la necesidad de proponer nuevas alternativas para la renovación artística, cultural y educativa del país. Pugnaron por una apertura cultural y por la difusión de las humanidades. Incursionaron en la lectura de los clásicos, volvieron los ojos a las letras castellanas, se adentraron en las páginas de los filósofos alemanes y se entusiasmaron con la poesía francesa. Reivindicaron lo "propio", otorgándole a la cultura mexicana y latinoamericana un lugar dentro del ámbito universal. Se negaron a seguir con las corrientes culturales establecidas donde únicamente tenían cabida las ideas positivistas.

Los integrantes del grupo, con el entusiasmo a flor de piel, plasmaron sus inquietudes en su efímera revista *Savia Moderna* (1906). En ella declararon: "Los agrupados en esta Revista —humilde de vanidad, pero altiva de fe— aspiramos al desarrollo de la personali-

dad propia, y gustamos de las obras más que de las doctrinas. Clasicismo, Romanticismo, Modernismo... diferencias odiosas. Monodien las cigarras, trinen las aves y esplendan las auroras. El Arte es vasto, dentro de él, çabremos todos".¹ En 1907 crearon la Sociedad de Conferencias,² cuyos propósitos describió así Alfonso Reyes:

¹ La publicación, cuyo título era *Savia Moderna. Revista Mensual de Arte*, fue fundada en marzo de 1906 por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón. Tuvo destacados redactores e ilustraron la revista artistas renombrados, entre ellos Diego Rivera, Saturnino Herrán, Roberto Montenegro, Francisco de la Torre y los fotógrafos José M. Lupercio, Kampfer y Casasola. Fue sostenida por Alfonso Cravioto y dejó de publicarse en el número 5. Puede revisarse la edición facsimilar, editada por el Fondo de Cultura Económica. Es la edición que consultamos para este trabajo.

² La Sociedad fue ideada por Jesús T. Acevedo; las conferencias se llevaron a cabo en el Casino de Santa María y fueron: 1. La obra pictórica de Carrière, por Alfonso Cravioto. 2. La significación e influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno, por Antonio Caso. 3. Gabriel y Galán. Un clásico del siglo XX, por Pedro Henríquez Ureña. 4. La evolución de la crítica literaria, por Rubén Valenti. 5. El porvenir de nuestra arquitectura, por Jesús T. Acevedo. 6. La obra de Edgar Poe, por Ricardo Gómez Robelo.

Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.³

La Sociedad de Conferencias continuó con vida durante el año siguiente;⁴ en 1909 los mismos jóvenes fundaron el Ateneo de la Juventud y en 1910 participaron en los festejos del Centenario y también ingresaron a la planta docente de la Escuela de Altos Estudios; por último, en 1912 instituyeron la Universi-

³ Cfr. Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, Lecturas Mexicanas, México, p. 144.

⁴ Las conferencias de 1908, que se llevaron a cabo en el Conservatorio Nacional, fueron: 1. Max Stirner y el individualismo exclusivo, por Antonio Caso. 2. La influencia de Chopin en la música moderna, por Max Henríquez Ureña. 3. Gabriel D'Annunzio, por Genaro Fernández Mac Gregor. 4. José María de Pereda, por Isidro Fabela. 5. Arte, ciencia y filosofía, por Rubén Valenti.



- J. A. Ruiz -

Ilustración de José A. Ruiz para *Savia Moderna*.

dad Popular Mexicana. También cambiaron el nombre de Ateneo de la Juventud por el de Ateneo de México. Es innegable que todos ellos fueron partícipes del proceso de transformación de la sociedad mexicana y de los cambios que ésta fue engendrando, desde el periodo porfirista hasta llegar al México revolucionario y posrevolucionario.

De los 79 miembros del Ateneo casi todos pertenecieron a o se congregaron en torno a la minoría ilustrada y urbana de la ciudad de México; por ello, pasaron a formar parte de la élite intelectual y se desarrollaron en los ámbitos de la Escuela Nacional Preparatoria, de Jurisprudencia, de la Academia de Bellas Artes, del Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes, entre otros.

El Ateneo de la Juventud nació el 28 de octubre de 1909. Entre sus principales objetivos estaba el de trabajar

por la cultura y el arte. En este sentido, como señala Álvaro Matute "el Ateneo organizaría reuniones públicas en las cuales se daría lectura a trabajos literarios, científicos y filosóficos, y sus miembros escogerían temas para dar lugar a discusiones públicas".⁵

Para las fiestas del Centenario participaron con seis conferencias:

1. La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos, por Antonio Caso.
2. Los poemas rústicos de Manuel José Othón, por Alfonso Reyes.
3. La obra de José Enrique Rodó, por Pedro Henríquez Ureña.
4. El pensador mexicano y su tiempo, por Carlos González Peña.
5. Sor Juana Inés de la Cruz, por José Escofet.

⁵ Álvaro Matute, "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", *Mascarones. Boletín del Centro de Enseñanza para Extranjeros*, UNAM, núm. 2, México, 1983, pp. 16-26.

6. Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas, por José Vasconcelos.

Éstas se llevaron a cabo entre agosto y septiembre de 1910. Algunos de sus miembros fungieron como críticos de la Exposición de Pintura de ese año.

Impacto de la revista en la sociedad

Savia Moderna se inscribió en un verdadero movimiento cuestionador de la sociedad que criticó al régimen personalizado y a la filosofía oficial, sin salidas viables.

Ante ese ahogo cultural, un pequeño grupo de jóvenes se lanzó con sus raíces modernistas, además de su vertiente romántica y tradicionalista de los viejos círculos literarios, a impugnar el valor del positivismo. Esto no sólo los llevó a ser una corriente importante,

con consecuencias políticas durante la Revolución y los años posteriores, sino que fueron los forjadores de la autoconsciencia cultural y burguesa en el México de esos años. A través de la publicación revitalizaron, actualizaron, desempolvaron las ideas anacrónicas y caducas, pusieron en circulación la obra de algunos pensadores como Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Boutroux, Wilde, etc., y éstos les sirvieron como plataforma para criticar el método positivista y la idea propuesta de Nación.

Ciertamente existe en ellos la experiencia de una tematización de la cultura como momento previo al desarrollo de una economía capitalista; con ello se suman a la visión que ve la cultura como la única vía de concertación nacional. Ésta había sido ya una vieja idea expresada por los círculos literarios del siglo XIX.

Los ateneístas, aunque de alguna manera abordaban temáticamente a la “nación” y al “pueblo”, más que sujetos históricos, los consideraban “objeto de instrucción”, y también consideraban de algún modo la idea —proveniente de Carlyle— de que la historia es asunto de algunos cuantos.

Sin embargo, existió entre ellos la convicción de vivir en una época milenarista como preludio de grandes transformaciones; tampoco dejaron de expresar, de un modo u otro, el temor a las tendencias letárgicas de este pueblo (en el cual muchos de ellos contemplaban más una amenaza que la oportunidad histórica de forjar una nueva Nación).

Savia Moderna

Ubicamos a *Savia Moderna* en la vertiente histórica de una expansión del ámbito público en México a principios

del siglo, que va a influir en la caída del régimen porfirista.

A excepción del magonismo y aquellos periodistas o editores que se auto-nombraron abiertamente como representantes de la clase obrera, y que intentaron discutir sobre la forma de gobierno, el poder del caudillo Porfirio Díaz parecía inamovible. El público burgués se agrupó entonces en tertulias, asociaciones, clubes y otros sitios de reunión.

Los intelectuales en formación comenzaron a moverse en torno a aquellas agrupaciones. En todas ellas, a diferencia de lo que sucedía en lo político, se podía expresar libremente la crítica, relacionando la literatura con el pensamiento político y social mediante su exposición, réplica y confrontación. Generalmente las exposiciones iban acompañadas de conciertos o lecturas de poesías para amenizar las “veladas”. Una de las finalidades de éstas fue robustecer la literatura mexicana, discutiendo lo vivo y lo muerto de la tradición.⁶

Para las plumas más lúcidas del país era claro que existía una multitud de obstáculos para concretar sus propósitos. Entre ellos destacaban el analfabetismo generalizado, las grandes diferencias regionales, la escasez de un público lector y una rica transmisión oral poblada de leyendas que frenaban el pensamiento. Lleva, en todos los casos, a la convicción de que el pueblo, más que sujeto histórico, es objeto de instrucción: la literatura “nacional” adquiere por ello un sentido aleccionante y didáctico, más que crítico.

Por otra parte, la consolidación de un auditorio literario desde el primer tercio del siglo XIX toma importancia

fundamental en México, porque a diferencia del terreno político, es aquí donde la burguesía pretende llevar a cabo una concertación, un pacto, que modele a la Nación por encima de las diferencias: así, mientras en el terreno político las facciones rivales se destrazan y excluyen, en el aspecto cultural a menudo se unifican con la intención de formar una “república de las letras” que construya una identidad cultural. Estas instituciones, que van más allá de las pugnas políticas, acogen a conservadores derrotados en la Reforma y a liberales excluidos durante el Porfirismo.

Positivismo y Porfirismo

La alianza del positivismo en sus distintas vertientes y el régimen de Díaz responde a una necesidad de homogeneización cultural como requisito previo a la modernización del país, pero para ello la aspiración a la ciudadanía debía ser aplazada indefinidamente.

Para los inicios del siglo, el régimen había logrado sus propósitos: la anhelada paz, el orden y el progreso. Se había instalado en el país una industria fuerte, ferrocarriles, textiles, electricidad, entre otras cosas, a excepción de la agricultura que, salvo en algunas regiones (Yucatán, La Laguna y Morelos), seguía basada en los viejos métodos de la hacienda colonial. La modernidad capitalista parecía haber triunfado en lo general, no obstante, aunado al progreso había una incertidumbre e insatisfacción provocada en gran medida por la polarización de la sociedad:

... las clases dominantes estuvieron representadas por los terratenientes, los grandes industriales, comerciantes y banqueros mexicanos en íntima asociación con los inversionistas extranjeros.

⁶ Innes John Schwald, *Revolution and Renaissance in Mexico: El Ateneo de la Juventud*, University of Texas, Austin, 1970, p. 25.

Frente a ellos se encontraba el trabajador urbano asalariado, que constituyó un grupo cada vez más numeroso a medida que se generaba la industrialización del país; el artesano despojado o desarraigado violentamente, convertido en el explotado trabajador de la hacienda y los obreros de las minas, ferrocarriles, etc. cuyos ingresos eran irregulares, siempre sujetos al despido y desempleo. Al mismo tiempo aumentaba el grupo de pequeños propietarios rurales y urbanos, por lo general al borde de la ruina, y un sector de clase media intelectual que padecía, además de la opresión, la falta de oportunidades de progreso por lo restrictivo del sistema.⁷

De ahí que el desgaste y agotamiento del Estado fueran tan eminentes.

Los ateneístas y la sociedad

Uno de los componentes que llevó a este grupo a reunirse fue un sentimiento compartido de insatisfacción ante la obsolescencia de la educación positivista y la producción literaria. Paradójicamente, la insatisfacción hacia lo viejo significó la necesidad de un retorno a las tradiciones y a las fuentes de la cultura mexicana.

Por otra parte, entre algunos positivistas se expresaban las mismas dudas. Justo Sierra las fundamentó con claridad en su discurso de inauguración de la Universidad Nacional. En éste se declara contra el "espíritu de casta" de una ciencia alejada del suelo originario de la sociedad y la Nación. Preveía, por otra parte, la incorporación de la filosofía en la enseñanza oficial: "... esa figura implorante" que desde hacía tiempo vagaba en derre-

dor de los templos serenos de la enseñanza positivista.⁸

Con esta posición culminaba, de alguna manera, la larga oposición que había surgido del público literario. Con ello Justo Sierra marcaría también una larga influencia sobre los ateneístas tendiendo un puente entre el positivismo y las nuevas ideologías burguesas.

Nietzsche y el vitalismo eran incorporados en la mentalidad del grupo que trataba de asimilar una vida heroica y pretendía al mismo tiempo salvaguardar la caridad cristiana.

Otra vertiente importante fue el surgimiento, desde los años ochenta del siglo XIX, del modernismo, como tendencia específicamente hispanoamericana. Algunos miembros del Ateneo llamaron a los modernistas "nuestros hermanos mayores"; estos hermanos fueron, según Alfonso Reyes

Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o "decadentes", los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y (...) Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.⁹

Aún hubo otros, como Jesús Urueta, quienes les revelaron los rumbos de la cultura helénica.

⁸ Justo Sierra, "Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional", en *La Universidad Nacional en 1910*, 2a. ed., UNAM-CESU, México, 1985, p. 128.

⁹ Reyes, *op. cit.*, p. 142.

Savia Moderna tiene una doble importancia: por un lado, se inscribe en la conformación de ese amplio público literario, que se desarrolló como verdadera oposición a la fortaleza del público porfirista. La revista como primera empresa del grupo fue fundada en 1906 y sólo aparecieron cinco números, de marzo a julio. Sus directores fueron Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra. Entre sus redactores se encontraban Jesús T. Acevedo, a quien los recuerdos de sus compañeros describen como un "conversador incomparable, conferenciante nítido y justo",¹⁰ alma del grupo; Antonio Caso, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, Eduardo Colín, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Entre sus artistas se pueden mencionar a Jorge Enciso, Francisco de la Torre, Saturnino Herrán, Diego Rivera, así como al compositor Manuel M. Ponce y los pianistas Carlos Lozano y Alba Herrera y Ogazón.

Aun cuando pretendía seguir el espíritu crítico del modernismo, la revista intentaba nuevos derroteros que fijaran las características de una nueva generación. Al referirse a ella, Alfonso Reyes dice: "Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente iba desprendiéndose de sus mayores."¹¹ Desde el local de la revista pudieron los jóvenes críticos derramar la tinta y soñar que era posible vivir en otro México; su idealismo, pasión y entrega se aprecia en la descripción de sus narraciones: "A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la catedral; al otro, los crepúsculos de la

¹⁰ *Ibid.*, p. 138.

¹¹ *Ibid.*, p. 138.

⁷ Véase Eugenia Meyer (coordinadora), *La lucha obrera en Cananea 1906*, INAH, México, 1990, pp. 10-11.



Ilustración de Roberto Montenegro para *Savia Moderna*.

Alameda... desde aquella altura, cayó la palabra sobre la ciudad."¹²

Para Henríquez Ureña, la conformación como grupo fue una respuesta a la opresión intelectual, análoga a la opresión política y económica que vivía el país: "Éramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaban los 20 años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio (...) Sentíamos la opresión intelectual junto con la opresión política y económica de las que ya se percataba gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse."¹³

Podríamos afirmar que el contenido de la revista fue ecléctico. Tal vez correspondía con la intención de asimilar una cultura cosmopolita, impresa, en la cual ya se habían iniciado los modernis-

tas. También tenían el propósito de establecer un carácter ensayístico, propositivo, frente al sistema positivista.

Es innegable que el helenismo y la pasión por Grecia, cultivados con verdadero entusiasmo en los colegios jesuitas del siglo XVIII, y conservados por los círculos literarios del siglo XIX, se manifestaron en la revista. Tanto por la forma de redactar los artículos, en donde existen referencias constantes al mundo clásico, como por la influencia del obispo Joaquín Arcadio Pagaza, traductor de Horacio.¹⁴ El estudiante Alfonso Reyes también mostraba sus inclinaciones, cuando en el número tres de *Savia Moderna* publica su poema titulado "Mercenario".¹⁵

Asimismo la recuperación de la literatura hispánica desde el siglo de oro hasta la generación del 98,¹⁶ "que había

quedado relegada a los académicos de provincia".¹⁷ De la literatura inglesa y norteamericana¹⁸ y, por supuesto, la literatura y la filosofía alemanas, fuera de las aulas fueron enriquecidas por las figuras de Schopenhauer y Nietzsche a quienes los ateneístas citan con frecuencia, así también a Goethe, Schiller, Lessing y Winckelmann.¹⁹

Otra de sus finalidades fue la sistematización y discusión artística, y de igual forma, tampoco podemos dejar de lado su preocupación política. En los artículos de Alfonso Cravioto vemos el planteamiento de un Estado basado en la generalidad de la ley y en la dignificación e ilustración de los ciudada-

¹² Pedro Henríquez Ureña, "La revolución y la cultura en México", *op. cit.*, p. 151.

¹³ Véase el artículo "Cristo" de Oscar Wilde, en *Savia Moderna*, núm. 2; y "Sombra" de Edgar Allan Poe, pp. 95 y 190.

¹⁴ Tampoco podemos dejar de lado la influencia fuertemente romántica de Henríquez Ureña en el artículo "La cultura y las humanidades", *op. cit.*, p. 163.

¹² *Ibidem*.

¹³ Pedro Henríquez Ureña. "La revolución y la cultura en México", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 151.

¹⁴ *Savia Moderna*, *op. cit.*, pp. 81-83.

¹⁵ *Idem*, p. 210

¹⁶ "Miguel de Unamuno a Manuel Machado", *Savia Moderna*, núm. 2, pp. 137-140.

nos.²⁰ Tiempo después Cravioto viajó a Europa, y aparentemente ése fue uno de los motivos por los cuales se suspendió la edición de *Savia*. Al escribir sobre la miseria de La Coruña expresó las ideas socialistas y sobre la jornada de ocho horas.²¹

Por otra parte, la revista rehabilitó el pensamiento filosófico. Antonio Caso publicó dos artículos, uno llamado "El silencio" y otro titulado "La tesis admirable de Plotino"; en ellos todavía no muestra abiertamente argumentos antipositivistas.

No obstante, la recuperación del idealismo platónico, los llevó a leer apasionadamente *El banquete*, de Platón, acerca de esas lecturas rememoran:

Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas... Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leerlos (...) Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque alega la conversación apenas comienza a ponerse interesante.²²

Posteriormente, Ricardo Gómez Robelo al escribir la reseña de los "Ensayos críticos" de Pedro Henríquez Ureña lanzó los primeros ataques furibundos contra el positivismo.²³

²⁰ Alfonso Cravioto. "Los que se van. Baltazar Muñoz Lombier", *Savia Moderna*, núm. 1, p. 66.

²¹ Cravioto, "Sensación de viaje", *Savia Moderna*, núm. 4, p. 233.

²² Reyes, *op. cit.*, p. 148.

²³ Este artículo es importante porque en él se resume el ambiente intelectual. Gómez Robelo llega a la conclusión de que se vive una época decadente en el arte (p. 353). Después analiza críticamente la creencia de Spencer en el progreso (p. 354). Asimismo ataca la idea educativa de Henríquez Ureña, aún influido por el positivismo, y expone una teoría del genio y su papel en la historia: "la piedra filosofal de la dicha, de la cultura o de la moral, pronto no será más que un



Portada de *Savia Moderna*.

mito, la multitud será siempre la misma, y sólo recordaré el ostracismo de Aristides, la muerte de Sócrates, para comprobar que lo que ha sido llamado espíritu de las épocas no es sino el de los grandes hombres que representan toda la era en que vivieron..." (p. 355). Las grandes épocas de la historia son producidas por la *emoción* del genio y su contagio en las masas: "La racionalización de las mayorías no es sino un sueño (...) la ley psicológica que rige a la conducta y que la hace depender del fondo inconsciente y emocional: pues sólo en las formas superiores de la

emoción, tan raras como los hombres representativos, la evolución de los sentimientos sigue a la de las ideas y por último, recordando que todo movimiento social es producido por individuos aislados y determinados, no por ideas, sino por el contagio de una gran emoción, se desvanecen las bellas visiones de una humanidad racionalista, positiva y equilibrada" (p. 355). Prólogo de Ricardo Gómez Robelo al artículo "Ensayos críticos" de Pedro Henríquez Ureña, *Savia Moderna*, núm. 5, pp. 353-355.

No es casual que en los artículos de todos ellos se perciba la influencia de pensadores como Platón, Kant, Nietzsche o Boutroux a pesar de la heterogeneidad de sus intereses.

Sin embargo, creemos que hay puntos comunes de referencia, una "afinidad electiva" que los prefigura como tematizadores de la cultura y la historia nacional. Algunas de sus afinidades fueron:

1) Existe en todos ellos una concepción romántica del genio. El genio es, ante todo, un solitario incomprendido alejado de las vicisitudes materiales.²⁴ Después de Nietzsche, Carlyle es uno de sus autores preferidos en este sentido. El "genio" va ligado a otra categoría no menos idealizable: la "juventud", que significa al mismo tiempo heroicidad.

2) La crítica que ponen en circulación sobre la literatura y el arte tiene que ver más con el sentimiento que con la razón.

3) Es innegable que en todos percibimos un sentimiento de decepción por la modernidad y de la visión de ésta a través del positivismo. Lo anterior los llevó a apropiarse de:

a) una decepción que encuentra su origen en la convicción de vivir una época de decadencia y desesperanza, (que recuerda *El origen de la tragedia* de Nietzsche) y que los condujo a un escepticismo nihilista;²⁵

b) esa misma convicción orilló a

²⁴ Véase a Eduardo Colín en el artículo "El Peñón", *Savia Moderna*, núm. 1, además de los artículos de Antonio Caso y Ricardo Gómez Robelo anteriormente citados.

²⁵ Véase el poema "Innovación" de Alfonso Cravioto. "Gusté el fruto de la ciencia y enseñéme tantas cosas, que fui docto en desengaños. y al saber de escepticismo callé el trino de mis aves, marchitáronse mis rosas, y así voy no se a qué abismo con la brújula sin polos y dudando de mí mismo". También véase su artículo dedicado a Baltazar Muñoz, *Savia Moderna*, núm. 1, pp. 30 y 68.

otros, como Antonio Caso, al misticismo por el genio, o bien, por el pensamiento;²⁶

c) una decepción por la ciencia que pretende conjugar al héroe nietzscheano de *El origen de la tragedia* con el fervor místico del cristianismo.²⁷

4) Tuvieron inclinación por la sociedad rural católica, pues de alguna manera retomaron el sentido de los relatos y mitos del campo. En los cuentos de Abel C. Salazar existe un cierto sentido heiniano que nos recuerda las creencias populares pobladas por diablos y ánimas en pena.

Por lo que se refiere a sus posturas ideológicas éstas fueron definidas explícitamente por ellos mismos en las Conferencias de 1907 y 1908, en su participación en los festejos del Centenario y por último en el ciclo de la Librería de Gamoneda en 1913 y 1914. Podríamos afirmar que siempre llevaron consigo a cuestas ese humanismo que recuerda a la hélade trágica y la ambición platónica de la República de los sabios. Así como su honda preocupación por Hispanoamérica y la apropiación de la filosofía de José Enrique Rodó. De igual manera su pasión por la Generación del 98 en España. Con respecto al indigenismo no estaban muy seguros, ni sabían cómo abordarlo, quizás apenas apuntaron un bosquejo, una vaga intuición "del otro", si acaso una idealización como en el poema de Emilio Valenzuela, donde se vislumbra la histórica desconfianza del criollo y del mestizo por el indio.²⁸

²⁶ Antonio Caso, "El silencio", *Savia Moderna*, núm. 1, p. 47; y "La tesis admirable de Plotino", *Savia Moderna*, núm. 5, p. 309.

²⁷ Véase a Abel Salazar, "Almas medrosas", *Savia Moderna*, núm. 1, p. 49.

²⁸ Para ejemplificar baste el poema de Emilio Valenzuela titulado "El Indio": "En su frente se nubla una esperanza, como campo de luna en las neblinas... camunante, contéplalo, ¡adivinas en

Dispersión

La mayor parte del grupo ateneísta se disolvió en 1914 debido a que varios de sus miembros abandonaron el país —algunos de ellos por haber ocupado cargos públicos en el gobierno de Victoriano Huerta—. Otros (Vasconcelos y Guzmán) se adhieron al grupo convencionista o a la facción constitucionalista (Cravioto y Fabela) y otros (Caso, Torri) siguieron inmersos en su mundo de lecturas y se declararon enemigos de la lucha armada. Resulta revelador que las últimas conferencias fueran dictadas a finales de 1913 y principios de 1914,²⁹ en los momentos más cruentos de la lucha revolucionaria, muy de espaldas a la realidad brutal del "otro México".

A pesar de que el grupo se disgregó, su actitud crítica y su postura educativa sentaron las bases para la consolidación de los movimientos culturales posteriores, que encarnarían en los grupos de los Contemporáneos, los "siete sabios", los colonialistas y otros más.

su rústica faz una acechanza?", en *Savia Moderna*, núm. 3, mayo de 1906, p. 194.

²⁹ Las últimas conferencias del Ateneo se realizaron en la Librería General también conocida como Gamoneda, del 22 de noviembre de 1913 al 10 de enero de 1914. Éstas fueron: 1. La literatura mexicana, por Luis G. Urbina. 2. Música mexicana, por Manuel M. Ponce. 3. Juan Ruiz de Alarcón, por Pedro Henríquez Ureña. 4. La filosofía de la intuición, por Antonio Caso. 5. El último libro de Maeterlinck, por Manuel Díaz Rayón. 6. Un epicúreo, por Gonzalo de Murga. 7. La novela mexicana, por Federico Gamboa. 8. La arquitectura colonial en México, por Jesús T. Acevedo.